

# MILES DE MILLONES

**En la carrera a la Luna, Estados Unidos y Rusia gastan cifras fabulosas: con los fondos destinados al «Proyecto Apolo» se podrían aumentar los sueldos de todos los maestros norteamericanos y construir Universidades en cincuenta países**

EN un mundo angustiado aún por el hambre en proporciones casi catastróficas, por la miseria, por injusticias enormes, las naciones más ricas, las llamadas «super potencias», gastan cifras colosales, queman riquezas increíbles para explorar el espacio, para vencer en «la carrera a la Luna». Los Estados Unidos han asignado cuatro mil millones de dólares para el próximo año. El «Proyecto Apolo» vendrá a costar, según cálculos prudentiales, cuarenta mil millones de dólares en pocos años. Lo que una nación de cincuenta millones de habitantes gasta en sus obras públicas, en la administración estatal, en todas las exigencias de los distintos ministerios, Norteamérica no vacila en invertirlo únicamente en el lanzamiento de proyectiles gigantes, que «se espera» lleguen a su destino.

Rusia no queda atrás, aunque falten datos precisos, la cuenta soviética debe haber llegado a cifras igualmente astronómicas: en el presupuesto de la U. R. S. S. figuran anualmente tres mil millones de pesetas para gastos militares y científicos. Y mientras se leen noticias de las revueltas en Kazajstan, debidas a la carestía de los alimentos, y el mismo Kruschev admite que la agricultura no produce bastante para las necesidades del pueblo ruso.

¿Es justo y lógico todo esto? ¿Es útil, es racional arrojar el bienestar de millones de hombres al espacio, mientras existen aún tantas exigencias primarias, tantas necesidades insatisfechas, tantos sectores de la actividad humana atrasados o necesitados de perfeccionamiento? Estas preguntas, desdeñadas en los primeros tiempos de la carrera espacial, a causa de la necesidad de «ganar el tiempo perdido», están siendo ahora manifestadas en voz alta en los Estados Unidos. Y si en la Unión Soviética la gente calla, es porque no tienen libertad de expresión. El ex Presidente Eisenhower ha escrito que la carrera a la Luna es «un esfuerzo loco para vencer en una rivalidad publicitaria». Precisamente poco después su observación sería ahogada por la empresa de Nikolaiev y Popovich.

## Así piensa el norteamericano medio

He aquí lo que escribe el ciudadano americano Frank Courtney, de La Jolla (California), en una carta enviada a la revista «Time»: «El artículo de ustedes sobre la fabulosa vuelta a la Luna es probablemente una de las más dolorosas manifestaciones de locura que hayan aparecido jamás en la prensa. En un momento en el que el peso aplastante de los impuestos sofo-

ca nuestra industria, bloquea nuestro progreso social y llena de alegría a nuestros enemigos, un torrente de dólares del contribuyente es vertido en una trampa sin fondo. Los que fuimos pioneros de la aviación podemos siempre hablar de los beneficios que queríamos procurar para la Humanidad... Los promotores de la carrera espacial no están en condiciones de dar mejores excusas por sus locos despilfarros, a excepción de «slogans» publicitarios como: "El espacio es el futuro del hombre", y no les cuesta nada terminar con unas risas el fracaso del lanzamiento hacia Venus, que costó mil doscientos millones de pesetas. El futuro del hombre está aquí, en la tierra. Los satélites artificiales, unidos a nosotros por la gravedad terrestre, pueden ser útiles al hombre, pero dejemos que otras naciones vayan al fracaso jugando esta partida en el espacio infinito.»

La carta del señor Frank Courtney refleja el pensamiento del hombre medio norteamericano, sensible solo a las empresas que dan resultados concretos, celoso de la forma en que se gastan «los dólares del contribuyente» y desconfiado ante las teorías de los intelectuales (los «cabezas de huevo»). Pero existen también «cabezas de huevo» en pleno uso de sus facultades que expresan, en un estilo más elevado, las mismas preocupaciones que el señor Courtney. El doctor Warren Weaver, ex presidente de la Asociación Americana para el progreso científico, ha calculado, en un artículo aparecido en «Saturday Review» cuántas cosas se podrían hacer con los esfuerzos titánicos consagrados al «Proyecto Apolo». Antes de enumerar sus conclusiones, será oportuno advertir que sus cálculos se basan sobre treinta mil millones de dólares, una cifra casi fantástica, pero inferior a la prevista por la mayoría de los técnicos, que calculan los gastos entre los cuarenta y los cincuenta mil millones. Según el doctor Weaver, con treinta mil millones de dólares se podría:

— Aumentar el diez por ciento el sueldo de todos los maestros de los Estados Unidos durante diez años (gasto: nueve mil ochocientos millones de dólares).

— Dar diez millones de dólares a cada una de las doscientas pequeñas Universidades norteamericanas, escogiendo las mejores (gasto: dos mil millones de dólares).

— Facilitar becas de estudio de cuatro mil dólares al año a cincuenta mil jóvenes científicos y técnicos de valía (gasto: mil cuatrocientos millones de dólares).

— Crear diez nuevas escuelas médicas, asignando doscientos millones de dólares a cada una (gasto: dos mil millones de dólares).

— Construir y financiar ampliamente Universidades completas de las 53 naciones de la ONU (gasto: trece mil doscientos millones de dólares).

— Crear otras tres «Fundaciones Rockefeller» permanentes para ayudar a la investigación científica en los Estados Unidos y en el mundo (gasto: mil quinientos millones de dólares).

El doctor Weaver concluye afirmando que, hecho todo esto, quedarían aún cien millones de dólares para mejorar la educación de los necesitados.

## Buscando la estructura del Universo

Este ejemplo, sin duda, es polémico, y, como tal, peca de simple. Nadie, ni el doctor Weaver, piensa que los Estados Unidos deban renunciar a las exploraciones espaciales o dejar el campo libre a la Unión Soviética, aceptando una desastrosa disminución de su prestigio. Lo que se pone en discusión no es el lanzamiento de proyectiles y de astronautas, sino el ritmo forzado y la magnitud escalofriante de los gastos que se hacen para vencer en una carrera cuyos fines no parecen muy precisos. Existen razones justificadas para explorar el espacio e ir a la Luna. Son razones que se compendian en un imperativo eterno: Conocer. «Uno de los fines inmediatos por los que vale la pena gastar millones de dólares —ha dicho el físico John O'Keefe, uno de los jefes de la NASA— es proyectar luz sobre la estructura del Universo y sobre sus leyes fundamentales... ¿Es el Universo, en su totalidad, una máquina en perpetuo movimiento? Según nuestra experiencia, no podemos construir máquinas de movimiento continuo. Si el Universo lo es, el descubrimiento tendrá repercusiones en todas las leyes fundamentales de la ciencia. Si no lo es, será preciso reconocer que ha tenido un comienzo. Y si ha tenido un comienzo, esto reviste suprema importancia en el plano científico y filosófico.»

Queda el hecho, sin embargo, de que la carrera espacial origina gastos cada vez mayores destinados a aumentar en proporciones que espantan. Y estos gastos repercuten sobre el nivel de vida de los pueblos, obligándoles a renuncias más severas. La Humanidad se arriesga a jugarse gran parte del propio bienestar en la carrera a la Luna. Y entonces es lógico preguntarse si la partida no podría desenvolverse más racionalmente, evitando jugar con la ca-

# TIRADOS AL ESPACIO

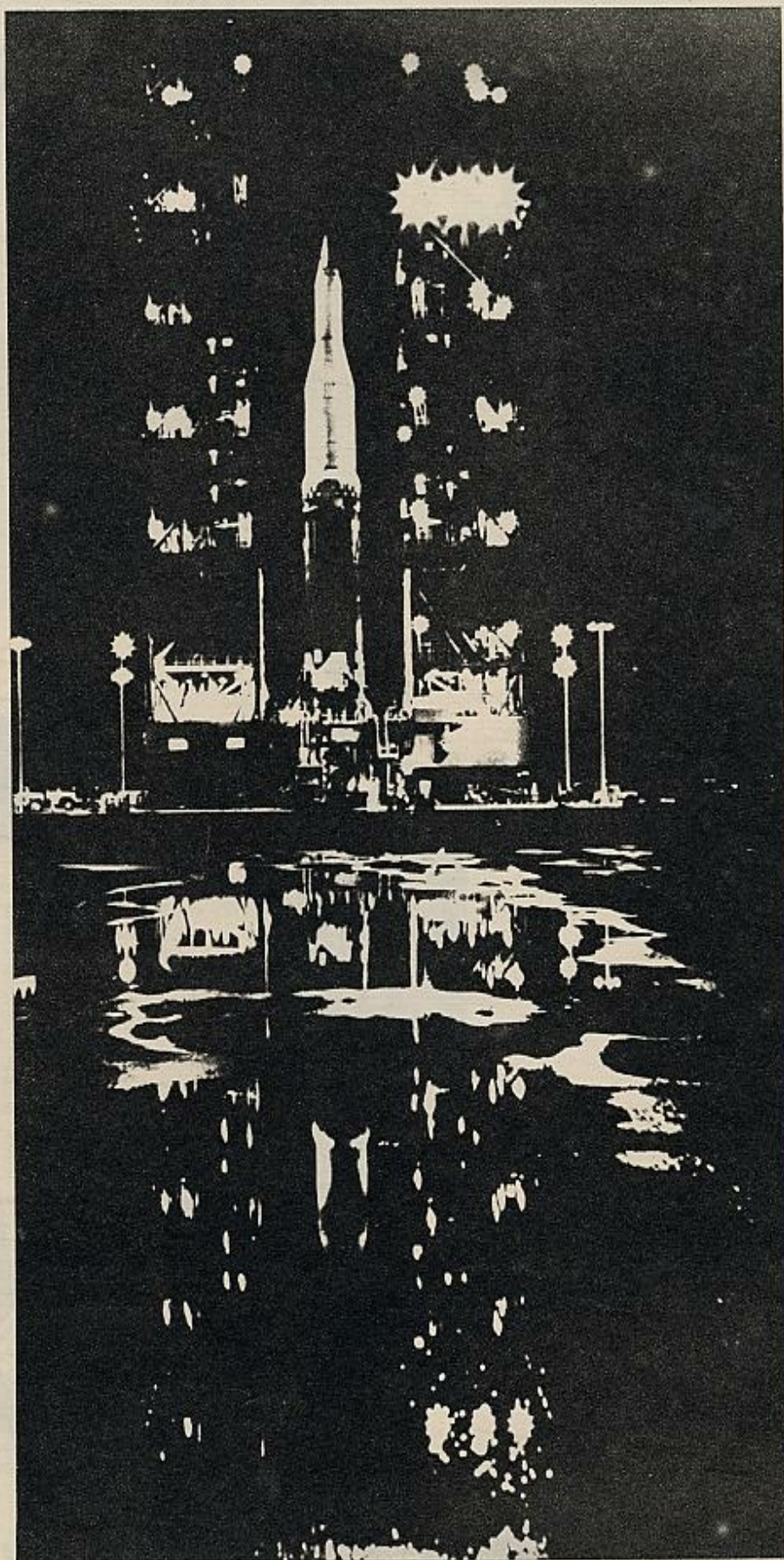
sualidad. El científico inglés R. F. L. Boyd, por ejemplo, pone en duda que sea útil «hoy» enviar hombres al espacio. Está seguro que «si el dinero gastado en el «Proyecto Apolo», en el «Mercury» y en todos los otros planes espaciales fuese dedicado a la investigación científica pura, los resultados serían mucho mayores». Según el doctor Boyd, sería mejor colonizar los desiertos y las regiones polares, y es «una vergüenza» que las Facultades de Ciencias biológicas y médicas deban equiparse con grandes esfuerzos, mientras se gastan miles de millones para poner en órbita a los astronautas.

## Si las dos potencias se pusieran de acuerdo...

El senador norteamericano William Proxmire, que ha estudiado a fondo el problema, teme que la inexorable progresión de los gastos imponga a la larga un peso insostenible al contribuyente norteamericano. «Gastaremos siete mil millones de dólares en 1964, llegando hasta los diez y quince mil millones en 1970. Basándome en lo que he visto en Washington, pienso que llegaremos a gastar veinte mil millones de dólares al año.» La necesidad de «darse prisa», según el senador Proxmire, determina despilfarros y abusos de poder, que afectan a los principios de la buena administración pública. Ya ahora, para acelerar la realización del «Proyecto Apolo», la NASA renuncia a las contrataciones, a los arriendos y asigna directamente los pedidos a las industrias de su predilección. Uno de tales encargos asciende a 250 millones de dólares, y nadie está en condiciones de controlar si la enorme suma será gastada bien o mal.

La solución de este problema, que se está haciendo cada vez más grave para Norteamérica y para Rusia, repercutiendo inevitablemente en la economía mundial, existe. Pero solo en teoría, porque depende de la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre la carrera a la Luna. Si la U. R. S. S. y los EE. UU. decidiera colaborar e nvez de disputar, el mismo resultado se podría alcanzar gastando la mitad o acaso aún menos. Pero los hombres, no obstante, no son aún tan sabios. Prefieren aplaudir a Titov y a Glenn, Gagarin y Carpenter, Nikolaiev y Popovich, y seguir con una mala alimentación, no tener suficientes hospitales, hacer equilibrios para vestir y educar a su hijos. Saludaremos al primer astronauta que llegue a la Luna, mientras millones de asiáticos y de africanos se mueren de hambre.

L. PESCE



Solamente la última fase del proyectil «SATURNO» cuesta doscientos cincuenta millones de dólares